

UNIDAD 4: LA IGLESIA ICONO DE LA TRINIDAD

Como primera actividad mira el video que está en la plataforma: *“Introducción a la unidad 4: Iglesia icono de la Trinidad”*



Para una mejor comprensión de la naturaleza y misión de la Iglesia el Concilio Vaticano II vinculó la categoría de misterio con la de Pueblo de Dios. La reflexión teológica posterior tomó los elementos que presenta la *Lumen Gentium* sobre el misterio de la Iglesia y las acciones de las tres divinas personas y las vinculó con tres categorías-imágenes de la Iglesia: Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. Todas imágenes que ya aparecían en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia pero que ahora presentadas en conjunto expresan mejor la acción de cada persona divina y la realización histórica del misterio trinitario en la Iglesia. Como reflejo de esta vida trinitaria la Iglesia deberá ser y vivir como el sacramento de la "unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí". El resultado de esta reflexión se ha visto en la recepción de estas categorías por parte de los autores de diversos textos de eclesiología.

EL ORIGEN TRINITARIO DE LA IGLESIA

La clave de comprensión del mensaje eclesiológico del Concilio reside en la lectura trinitaria de la Iglesia "una muchedumbre reunida por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4). La Iglesia viene de la Trinidad (*oriens ex alto*), es estructurada a imagen de la Trinidad y va camino al cumplimiento trinitario de la historia.

El origen trinitario de la Iglesia es presentado describiendo la economía de la salvación, el fin del designio libérrimo y misterioso, es decir gratuito e insondable del Padre es la elevación de los hombres a la participación de la vida divina en la comunión de la Trinidad.

La unidad de los hombres con Dios y entre sí, cumplida la obra redentora del Verbo Encarnado, y enviado el Espíritu Santo, se realiza históricamente en la Iglesia y se consumará en la gloria. Todos los hombres serán reunidos en la Iglesia universal. La Iglesia es entendida aquí en un sentido muy amplio. Se quiere afirmar que ella en su forma visible e histórica, es el sacramento, es decir, el signo e instrumento elegido en el designio divino de unidad, que va de la creación a la parusía.

Con la misión y la obra de Cristo se ha inaugurado en la tierra el Reino de los cielos, de la cual la Iglesia es presencia “en misterio”. Los Padres han visto en el agua y el costado abierto de Cristo los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía, es la idea que del Cristo Pascual brota la estructura sacramental de la Iglesia.

Este misterio se actualiza en el memorial de la Eucaristía, para reconciliar a los hombres en el hoy de su historia. La Iglesia que celebra la eucaristía, nace de la eucaristía como el Cuerpo de Cristo en la historia.

La misión del Hijo culmina en el envío del Espíritu Santo. Como el Padre por el Hijo viene al hombre en el Espíritu, así el hombre en el Espíritu por el Hijo puede acceder al Padre: el movimiento de descenso permite un movimiento de ascenso, en un circuito de unidad, cuya fase eterna es la Trinidad y cuya fase temporal es la Iglesia.

El Espíritu da vida, habita en la Iglesia como en un templo, ora, en ella, hace posible el testimonio filial. Guía a la Iglesia a la verdad perfecta, la unifica en la comunión y el servicio, la provee de diversos dones, la dirige y embellece. La rejuvenece, la renueva y la conduce a la unión consumada con su Esposo.

La Iglesia querida por el Padre, es entonces, la criatura del Hijo, siempre vivificada por el Espíritu Santo: ella es verdaderamente obra de la Trinidad. Como el hombre ha sido hecho a imagen de Dios y refleja la actividad divina en su conocimiento y su amor, así la Iglesia que representa a Jesucristo debe ser la manifestación en el tiempo de la vida trinitaria. Al mismo tiempo la Iglesia es la realidad del don de Pentecostés siempre presente.

Por lo tanto hay un doble acontecimiento que da nacimiento y constituye la Iglesia. El acontecimiento realizado por Jesucristo en la Pascua, muerte y resurrección, y el acontecimiento del don del Espíritu en Pentecostés. Este acontecimiento se hace institución. Y la gran tarea de la Iglesia consiste en ser siempre transparencia del acontecimiento que la constituye.

La Iglesia viene de la Trinidad

La preposición latina “*de*” evoca simultáneamente la idea de imitación y de participación. Es a partir de la unidad de las personas divinas que se realiza la unificación del pueblo, unificándose se participa de otra Unidad. Para San Cipriano la unidad de la Iglesia no es inteligible sin la unidad de la Trinidad.

La Iglesia es icono de la Trinidad

Ella está estructurada en su comunión a imagen y semejanza de la comunión trinitaria. Por una no débil analogía... (LG 8), la Iglesia puede ser parangonada a la comunión divina, una en la diversidad de las Personas, en un fecundo intercambio de relaciones.

Así como en el seno divino el amor es distinción de las Personas y la superación de la diversidad en la unidad del misterio; así sucede con la Iglesia, gracias a la infinita comunión establecida en la encarnación del Hijo. La variedad de los dones y servicios debe confluir en la unidad del Pueblo de Dios, unidad de Iglesias locales, realizaciones de la *Iglesia Universal*. La Iglesia estructurada a ejemplo de la Trinidad deberá permanecer lejos de una uniformidad que achate y mortifique la originalidad y la riqueza de los dones del Espíritu, como de toda contraposición lacerante, que no resuelva en la comunión la tensión entre carismas y ministerios diversos en una fecunda, recíproca recepción de las personas y de la comunidad en la unidad de la fe, de la esperanza y del amor.

Dice Mons. Mestre:

Hablar de una Iglesia Trinitaria es recordar el fundamento, lo esencial, lo que no puede faltar, lo que da sentido al resto, la roca de la base para el cimiento seguro de la casa (cf. Mt 7,24-27). Dios Uno y Trino es el que se nos manifiesta, revela su interioridad y su misterio (cf. DV 2) y nos llama a participar de su comunión siendo Iglesia.

El Dios Uno y Trino nos habla de la unidad y la diversidad. La Trinidad es paradigma de la fecunda vida comunitaria. Tres Personas Divinas diferentes y un solo Dios. En este Dios creemos, este Dios vivenciamos, este Dios anunciamos: el Dios que es comunión de las tres Personas Divinas, el Dios familia, el Dios comunidad.

La Iglesia, como Pueblo de Dios a imagen de la Santa Trinidad, es misterio de comunión misionera. (Carta pastoral 2017, 6-8. Al final de la unidad encontrarás el texto completo para que puedas profundizarlo).

La Trinidad es la meta de la Iglesia

Nacida del Padre, por el Hijo, en el Espíritu, la comunión eclesial debe en el Espíritu por el Hijo volver al Padre, hasta el día en el cual todo sea sometido al Hijo y este entregue todo al Padre, para que Dios sea todo en todos (1 Cor 15,28). La Trinidad es origen y patria, es el “ya” y el “todavía no”, es el pasado fontal y el futuro prometido. Esta destinación final a la Gloria funda la índole escatológica de la Iglesia peregrina. El Vaticano II re-descubre y re-propone esto a la conciencia eclesial. De este modo la Iglesia sabe que está siempre en devenir, que nunca ha llegado y por esto está siempre reformándose (*semper reformanda*), necesitada de continua purificación y permanente renovación con la fuerza del Espíritu.

En este “entre tiempo” la Iglesia vive fiel al mundo presente y al mundo que debe venir, cubierta por la sombra del Espíritu como la Virgen. María es a la vez miembro excelente e icono de la Iglesia.

La Iglesia en el tiempo camina hacia la Trinidad, en la invocación, la alabanza y el servicio, bajo el peso de las contradicciones del presente y rica por la alegría de la promesa. Entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios va peregrinando la Iglesia, fuerte en la fidelidad de Dios y probada por las resistencias y rechazos, la Iglesia avanza hacia el cumplimiento trinitario de la historia.

La Iglesia del Concilio -en continuidad con el testimonio de la Escritura y de los Padres- es la Iglesia de la Trinidad, la *Ecclesia de Trinitate*. De este modo el Concilio ha podido superar el árido visibilismo del pasado de manera radical, en fidelidad a la historia eclesial, proponiendo la realidad visible e invisibles de la Iglesia de un modo admirable.

La Iglesia es la zona de la humanidad invadida por la Trinidad, es la epifanía del misterio trinitario en el mundo, manifiesta sacramentalmente la presencia de Dios en la historia. Por eso el tratado de Iglesia depende del tratado de Trinidad. En LG se ha superado el largo problema de saber si Cristo fundó o no la Iglesia, allí aparece está como desbordando el misterio trinitario.

LA IGLESIA COMO “PUEBLO DE DIOS”

La noción bíblica de Pueblo de Dios ha sido uno de los rasgos de la eclesiología católica en los años 1937-1957.

Este capítulo no es importante sólo por su *contenido*, sino que lo es por su *título* y por el *lugar* que se le ha asignado. La expresión “Pueblo de Dios” encierra tal dignidad que es imposible emplearla sin que el pensamiento se vea envuelto en determinadas perspectivas. Por el lugar que ocupa se quiere colocar como valor primero la cualidad de discípulo, la dignidad inherente a la existencia cristiana como tal o la realidad de una ontología de la gracia, y luego, en el interior de esa realidad, una estructura jerárquica de organización social. ¿No es éste el mismo camino seguido por el Señor al reunir a los discípulos...? ¿No es lo que hallamos al estudiar el importante tema del servicio y de la Jerarquía como servicio en el NT? Y precisamente en el seno de un pueblo caracterizado por el servicio como su forma propia de existencia son colocados algunos miembros en una posición de mando, que no es más que un puesto de responsabilidad en el servicio.

La ubicación del tema la Iglesia como pueblo de Dios como capítulo II en la *Lumen Gentium* intenta:

- 1) mostrar cómo ella se construye en la historia humana;
- 2) mostrar cómo se extiende en la humanidad a distintas categorías de hombres diversamente situados con respecto a la plenitud de la vida que se halla en Cristo y cuyo sacramento es la Iglesia;
- 3) exponer lo que es común a todos los miembros del pueblo de Dios, con anterioridad a la distinción entre ellos en el plano de la existencia cristiana.

La renovación de la idea del Pueblo de Dios en la Teología contemporánea

Algunos teólogos buscaban salir de una figura jurídica y vincular en el conjunto de las Escrituras el desarrollo del Plan de Dios. Así se descubre la continuidad de la Iglesia respecto de Israel. La sitúan en la perspectiva de la historia de salvación y la conciben como el pueblo de Dios tal como existe en los tiempos mesiánicos. El movimiento litúrgico y la Acción Católica, entre otros factores, hicieron comprender que la Iglesia está compuesta por los hombres que Dios llama y que responden a este llamamiento. Estos poseen solo los sacramentos de iniciación cristiana.

El concepto Pueblo de Dios

El capítulo II de la *Lumen Gentium* debe leerse junto al primero. Este díptico expresa la complementación que existe en la Iglesia entre los conceptos de “misterio” y “pueblo de Dios”.

La Iglesia es un misterio de alianza entre Dios y el hombre. Dios elige a Israel, establece una alianza con él, le hace una promesa, se hace presente y acompaña al pueblo. Dice

Pierre Grelot: *"El Dios de la revelación entra así en la historia de las religiones como el Dios particular de Israel. Por su parte, sólo ha elegido Israel para hacerlo depositario de su designio de salvación"* (cf. Is 54,4). Aparece entonces el concepto de Israel estrechamente vinculado con el de Pueblo de Dios. La Escritura y la tradición cristiana han expresado este misterio a través de ciertas categorías: Pueblo de Dios - Familia de Dios, Pueblo peregrino a través de la Historia (DP 234).

La Iglesia es el "Nuevo Pueblo de Dios": comunidad de seguidores de Cristo, surgida del judaísmo y paganismo en camino hacia el Reino; no como una sociedad secreta, sino como algo público. Congregada en todo el orbe (cf. Didajé: 9,4). Es la plenitud de las promesas a Israel y de sus prerrogativas. De ahí que se hable de la "preexistencia de la Iglesia", la primera creatura en vistas a la cual, fue creada la humanidad (cf. Pastor de Hermas). San Agustín habla de "*ecclesia ab Adan*" o "*ecclesia ab Abel*". (Cf. también Ef. 1,10).

El pueblo es de Dios; porque Dios lo elige como suyo y éste acepta ser el Pueblo de Dios. El papa Francisco habla del "santo pueblo fiel de Dios" (EG 125, 130). Así muestra claramente que su origen es divino y que vive en la historia con esa santidad.

La expresión pueblo de Dios usada junto a otras denominaciones para indicar la Iglesia, tiende a subrayar el carácter tanto de "misterio" como de "sujeto histórico", que en toda circunstancia actualiza y realiza la Iglesia de modo inseparable. El carácter de "misterio" designa a la Iglesia en cuanto procede de la Trinidad, mientras que el de "sujeto histórico" le corresponde en cuanto actúa en la historia y contribuye a orientarla. De este modo el misterio constituye el sujeto histórico y el sujeto histórico revela el misterio.

La *Lumen Gentium* prefirió el concepto de pueblo de Dios porque en él se expresa mejor la naturaleza de la Iglesia y su profundidad. Esto se descubre en la estructura de la Constitución:

Es el pueblo de Dios en marcha, pueblo sacerdotal que realiza su consagración y su santidad por medio de la celebración de los sacramentos y su vida de fidelidad (9-12).

A él pertenecen: jerarquía, laicos, religiosos al servicio de la comunión. Todos los hombres están llamados a formar parte de él (dinamismo misionero) (13-17).

La estructura de la Iglesia aparece definida por la Escritura y la Tradición, que manifiesta la voluntad de Cristo de instituir el Colegio de los Apóstoles cuyos sucesores son los Obispos (LG18-21).

El Colegio de los Obispos junto con su cabeza, el Papa, y nunca sin ésta, aparece como sujeto de la suprema y plena potestad sobre la Iglesia Universal, si bien no puede ejercer dicha potestad sin el consentimiento de Romano Pontífice (LG 22-23).

Adquieren densidad las Iglesia Particulares, en las cuales el Obispo es Pastor con potestad propia, aunque su ejercicio esté regulado por la Suprema autoridad, teniendo además atenta solicitud por la Iglesia Universal (LG 24-27).

Por primera vez el concilio consagró un capítulo particular a los laicos. Ellos, consagrados a Cristo por el Bautismo son partícipes del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, y buscan el Reino de Cristo, tratando y ordenado las cosas temporales (30-38).

La vocación escatológica proporciona el fin y la esperanza al pueblo de Dios puesto en marcha. Esta visión permite contemplar la unidad de la Iglesia de la tierra con sus miembros ya coronados, y es fundamental el culto a los santos, subrayando el carácter cristocéntrico, por las intenciones pastorales del Concilio (LG 48-51).

Características del Pueblo de Dios

La Iglesia es *un pueblo universal*, pero se encarna en la realidad de cada pueblo (así hablamos de la Iglesia en Latinoamérica- en Europa- en Asia, etc.). Ella asume las culturas de los diferentes pueblos sin identificarse ni agotarse en ninguna. El pueblo de Dios, procede del amor del Padre, es una realidad que trasciende este mundo y es gestada y mantenida constantemente por "la presencia del Espíritu". La Palabra y los Sacramentos junto con el Ministerio Apostólico (el papa y los demás obispos) mantienen vivo este pueblo en medio del mundo. Al entrar en contacto con los otros pueblos la Iglesia tiende a encarnarse en todos ellos conservando sin embargo su identidad profunda.

La Iglesia tiene pues, esencialmente una "*dimensión histórica*" y por esto mismo es un *pueblo peregrino*. Esta es extensiva a todos los pueblos, espacio - temporalmente asumidos y al mismo tiempo tiene que penetrarlos verticalmente, llegar al corazón de la cultura. Es el misterio de la Encarnación. La Iglesia vive en el tiempo, encuentra en él su límite y su vocación, en cuanto que late en su realidad un dinamismo constante de penetración y crecimiento. Es un organismo viviente.

Esta Iglesia como comunidad de los redimidos, es *una y múltiple*, se da en ella la unidad y la diversidad. Es un organismo viviente, todos tienen una "fundamental igualdad", sin embargo cada cual debe personalizar esa dimensión comunitaria (asumiendo su propia vocación en el conjunto) para realizar la "comunidad en su integridad", es decir cada cual debe tener siempre presente la "realización del todo".

Es una *comunidad enviada y servidora*. Bíblicamente la Vocación es para la Misión, puede pensarse en los poemas del Siervo de Isaías que nos llevan a descubrir que nuestra misión es esencialmente un servicio (ver detenidamente DP 244). Los cristianos participan de la misión real de Cristo. Es una dignidad que se expresa en el servir.

Todos estos elementos deben vivirse simultáneamente. No se trata de pensar en una unidad que sea uniformidad ni en un pluralismo que sea anarquía. Por eso la igualdad - la personalización-, y el bien común deben siempre estar presentes simultáneamente. Hay que evitar en la Iglesia los clericalismos y los laicismos de todo tipo.

La Iglesia es una *comunidad de miembros vivos y activos* cada uno en su propio orden, ordenados los unos a los otros en una complementariedad fecunda (notemos aquí la responsabilidad de cada uno de cara a la Iglesia de la que se es parte). Es un pueblo sacerdotal, profético y real. En LG 10-12 se habla claramente del "sacerdocio común de los fieles" y cómo se ejerce, la función profética se manifiesta en el "sentido de la fe de los creyentes", será fundamentalmente la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* la que desarrolle la teología de la realeza de los cristianos.

La Iglesia se presenta ante nosotros como el *sujeto social de la responsabilidad por la verdad divina*. Ya Cristo dijo: "*la palabra que oyen no es mía, sino del Padre, que me ha enviado*". Esta fidelidad debe ser una cualidad de la fe de la Iglesia.

Si bien esto está garantizado por la asistencia especial del Espíritu Santo y el sentido de la fe del pueblo de Dios, es necesario en la reflexión teológica compenetrar la fe con la ciencia y la sabiduría, manteniendo el amor a Cristo, a su evangelio y a la tradición.

Puesto que todo el pueblo de Dios participa de la misión profética de Cristo, es necesario que esta responsabilidad por la verdad divina sea cada vez mas compartida en la Iglesia. Es una exigencia de la vocación del hombre a ser Iglesia.

Así participa la Iglesia en el misterio de la Redención, mediante el servicio fiel a la verdad que viene de Dios. (*Redemptor Hominis* 19).

Sin embargo posee una “*dimensión escatológica*”, no se agota aquí su misterio de comunión sino que tiende a realizarse plenamente en el cielo (LG cap. VII). La Iglesia vive la comunión con Dios en su peregrinar histórico, pero apunta y camina hacia el encuentro definitivo más allá de la historia en la eternidad (es importante insistir en esta dimensión escatológica de la Iglesia para evitar cualquier tipo de clausura inmanente en este tiempo). Su misión consiste precisamente en anticipar ya desde ahora el misterio definitivo del hombre y del mundo. Todo es rescatado en esta dimensión nueva. La escatología es una dimensión existencial, no solamente el punto terminal de un tiempo que se acaba (ver también las sugerencias interesantes de esta comunidad concreta en DP 238 y 242).

Concluyendo se puede decir que la idea de “pueblo de Dios” permite concebir y exponer mejor el misterio de la Iglesia, porque:

1. Expresa la continuidad de la Iglesia respecto de Israel, por lo tanto la historia de Salvación y al Plan de Dios. Asume así los valores de la noción bíblica del pueblo de Dios:
 - a) la elección y llamamiento (convocatio) para una misión
 - b) la alianza
 - c) la consagración a Dios: lo alaba, lo sirve, lo testimonia. *Le pertenece*.
 - d) la promesa y por consiguiente su tensión hacia el futuro, la escatología.

Esto presenta un cristianismo de esperanza, que es total, incluso para el mundo material. “De otro modo a una religión sin mundo se opone un mundo sin religión. El Pueblo de Dios es el portador de una esperanza de una consumación del mundo en Jesucristo.” (*Ives Congar: “La Iglesia como Pueblo de Dios”*).

2. Introduce la consideración en la Iglesia de un elemento dinámico. Este pueblo tiene una vida y se halla *en marcha* hacia un término fijado por Dios.
3. El pueblo de Dios está en el mundo y es para el mundo el signo y como el sacramento de la salvación ofrecida a todos los hombres.
4. Está llamado a proseguir su propia dilatación por medio de la misión.
5. Israel sigue siendo el pueblo elegido y amado por Dios. (Cf. Rom 9-11)
6. Los pueblos poseen en común tierra, lengua, leyes, religión, cultura, gobierno. La Iglesia también, pero con la característica que es un pueblo entre los demás pueblos. En estos el pueblo cristiano se inserta y a la vez que brinda el Evangelio enriquece sus culturas; del mismo modo, cada pueblo aporta a la Iglesia de Cristo nuevos estilos de encarnación de la Palabra.

¿Tiene alguna consecuencia en mi vida ser miembro del Pueblo de Dios?

Antes de seguir con el próximo tema te invito a que hagas un rato de oración a partir de estas frases del Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* (el número al lado del texto indica donde lo podés encontrar en la Exhortación).

La Palabra de Dios también nos invita a reconocer que somos pueblo: «Vosotros, que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios» (1 Pe 2,10). Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. (268)

Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia. (268)

Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo.

Cautivados por ese modelo, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. (269)

Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás.

Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo. (270)

Experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo. (271)

La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. (273)

Es lindo ser pueblo fiel de Dios. ¡Y alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres! (274)

LA IGLESIA COMO “CUERPO DE CRISTO”

Mientras la autodesignación «Pueblo de Dios» evidencia y asegura lo que es común con Israel, la autocompresión de la Iglesia como «cuerpo de Cristo» subraya el carácter de novedoso y definitivo de esta comunidad religiosa. Ambos aspectos están estrechamente ligados a la experiencia de Dios en Cristo que tienen los cristianos. Existe la Iglesia como pueblo de Dios convocado de entre todos los pueblos, como comunidad de todos los creyentes, hebreos y paganos, porque en Cristo todas las promesas de Dios han sido experimentadas como «sí y amén» (Cf. 2 Cor 1,20), porque en él se ha manifestado la plenitud de los tiempos, porque en él todo ha alcanzado su cumplimiento. Porque en la cruz y en la resurrección de Jesús se ve la aparición del tiempo final, porque en su resurrección y exaltación el señorío del amor de Dios se ha manifestado como históricamente potente, por esta razón ahora existe una nueva forma de comunidad religiosa por la cual ningún factor étnico puede ser más el criterio decisivo, sino que es suficiente la fe común. Es una comunidad universal escatológica, que se forma en torno al Señor de la vida. La Iglesia, entonces, es comprendida correctamente sólo a partir de este contexto cristológico, como «el reino de Cristo ya presente en misterio» (LG 3).

"Por ser Cristo luz de las gentes, este sagrado Concilio, reunido bajo la inspiración del Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con su claridad, que resplandece sobre la faz de la Iglesia, anunciando el Evangelio a toda criatura (Cfr. Mc 16,15). Y porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento o sea signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de

la unidad de todo el género humano, ella se propone declarar con toda precisión a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal, abundando en la doctrina de los concilios precedentes" (LG 1).

Como Israel era uno por medio del templo y de sus asambleas litúrgicas, así la comunidad de los cristianos dispersos en diversos lugares están unidos al nuevo templo, al cuerpo del Señor (Mc 14,58 par.; 15,29 par; Jn 2,19). Ellos están unidos en la asamblea litúrgica (*ekklesia*) en la cual se come el único pan que lo hace ser un solo cuerpo (1Cor 10,17).

Como Cuerpo de Cristo, es decir, como signo terreno e histórico del Cristo resucitado y enaltecido, la Iglesia tiene un carácter sacramental: ella es la forma de la manifestación (si bien a menudo débil y signada por el pecado) de aquel en el cual ha aparecido la bondad de Dios y su amor por los hombres. La Iglesia, por el hecho de ser signo, no puede asumir cualquier forma. Ella está signada por la determinación histórica de aquel a quien ella debe representar en la historia.

La Iglesia es comunión íntima con Cristo. La Iglesia, en efecto, es el pueblo que cree a Cristo, que es bautizado en el nombre de Cristo, que vive del cuerpo eucarístico de Cristo y que en el bautismo y en la celebración eucarística se convierte en el mismo cuerpo de Cristo. En cuanto que la Iglesia es esencialmente comunidad de Cristo, ella tiene también una estructura de matiz histórico.

La Iglesia es el cuerpo de Cristo realizado sacramentalmente por la Eucaristía.

LA IGLESIA COMO “TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO”

En el encuentro con el Cristo resucitado los discípulos han hecho, también, una nueva experiencia de sí mismos: aquel que se encuentra en el espacio vital del resucitado es transformado interiormente; liberado del pecado, de la ley y de la muerte, se convierte en una nueva creatura. Teniendo como trasfondo las promesas de Israel los discípulos debieron comprender esta nueva experiencia de la fuerza y potencia vital recreadora de Dios como expresión de la efusión escatológica del Espíritu de Dios. Porque la experiencia de la nueva comunidad estaba estrechamente ligada a esta nueva experiencia común del Espíritu, la nueva comunidad religiosa, a partir de la acción del Espíritu de Dios, debió comprenderse como creatura del Espíritu.

Para el Concilio el Espíritu vivifica y reúne en un solo cuerpo a los creyentes en Cristo y los conduce a la recapitulación de todas las cosas en él. Esto se realiza desde la mañana de Pentecostés. El Espíritu es el que hace la comunión en la Iglesia, y el que mueve a cada miembro de distinta manera. Es el Espíritu el que anima y lleva adelante la misión de la Iglesia.

Comprender la Iglesia solo desde Cristo trae consigo el peligro de una eclesiología clerical, restringida en sentido jerárquico (jerarcológico). Se piensa así: Cristo transmite su poder a Pedro y a los otros apóstoles, éstos lo transmiten al papa, a los obispos y a los sacerdotes; éstos a su vez conducen a los cristianos a la eterna bienaventuranza. Por esto, también en la teología católica se busca recuperar una comprensión más pneumatológica de la Iglesia (así como es tradicional en las Iglesias orientales).

a) Si la comunidad de los creyentes es comprendida como derivada del don escatológico de la fuerza vital y recreadora de Dios, entonces se visibiliza su carácter escatológico: la comunidad de los discípulos es la comunidad escatológica de la salvación, que vive, por decir así, más allá de sí misma, es el pueblo de Dios del tiempo

final. La Iglesia, en efecto, es esa comunidad en la cual la fuerza vivificante de Dios adquiere un poder definitivo sobre el corazón del hombre, de modo tal que en el medio de la historia aparece ya en forma anticipada el señorío escatológico del amor de Dios (Cfr. LG n. 48). Más aún, la Iglesia es esta comunidad escatológica, recreada por el Espíritu de Dios, solo en la medida en la cual es el Espíritu de Cristo que la plasma. En cuanto tal, sin embargo, ella es también realmente una nueva forma de comunidad dentro de la historia. Pablo lo ha expresado de este modo: «ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3,28).

b) Si la Iglesia es experimentada y comprendida como obra del Espíritu creador se revela su carácter interior, libre y abierto. Toda la estructura institucional de la Iglesia, todo el aparato tiene sentido sólo en dependencia del obrar del Espíritu y en función de la presencia del Espíritu de Dios.

"Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como instrumento vivo de salvación, unido indisolublemente a El, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo (Cfr. Ef. 4,16)" (LG 8).

Por eso la Iglesia es también, esencialmente, una realidad interior; si ella es un edificio, es todavía una construcción particular, un edificio pneumático. Es en la intimidad donde el Espíritu obra. Y la Iglesia existe en plenitud sólo donde el Espíritu obra (Cfr. LG 14). Por esto la Iglesia es también una realidad abierta. El Espíritu, en efecto, obra en la historia de la Iglesia eventos que no se pueden prever, planificar o deducir. Una Iglesia que se comprende de tal modo, a partir del Espíritu de Dios, adquiere también una nueva apertura ecuménica. Ella debe tener en cuenta el hecho que el Espíritu de Dios obra también en las otras Iglesias y comunidades.

c) Por lo que concierne a su constitución interna, la Iglesia del Espíritu está caracterizada por una estructura carismática. El don del Espíritu de Dios se expresa en la Iglesia en una pluralidad de dones en vista de la edificación de la comunidad y del servicio del mundo.

Como templo del Espíritu Santo la Iglesia es la **comunidad escatológica**, caracterizada por la apertura, por la libertad y por los múltiples dones, animada por una estructura de origen carismático, que en medio de esta historia testimonia y hace visible la acción creadora del Espíritu de Dios.

Dice el Papa Francisco: Bajo la acción del Espíritu Santo, todo es una gran riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad, que no significa uniformidad, sino reconducir todo a la armonía. En la Iglesia, la armonía la hace el Espíritu Santo. Un Padre de la Iglesia tiene una expresión que me gusta mucho: el Espíritu Santo "ipse harmonia est" (es la misma armonía). Sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. Si nos dejamos guiar por el Espíritu, la riqueza, la variedad, la diversidad nunca provocan conflicto, porque Él nos impulsa a vivir la variedad en la comunión de la Iglesia. Así, pues, preguntémonos: ¿Estoy abierto a la armonía del Espíritu Santo, superando todo exclusivismo? ¿Me dejo guiar por Él viviendo en la Iglesia y con la Iglesia? (Reflexión en la Plaza de San Pedro, 19 de mayo de 2013)

LA IGLESIA MISTERIO - SACRAMENTO

El concepto de *sacramento* (=misterio) aparece como el concepto clave de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, porque no sólo pone de manifiesto el carácter divino y humano de la Iglesia, sino que expresa el misterio de la Iglesia en la dimensión vertical de unión del hombre con Dios y en la dimensión horizontal de la unidad íntima de todo el género humano (1).

En este punto nos parece que cabe hacer algunas precisiones a la expresión “*la Iglesia es sacramento*”, utilizada con frecuencia por el Concilio Vaticano II. Ya hemos dicho que sacramento significa “misterio salvífico”, y que en este sentido se puede llamar sacramento a la Iglesia. Pero, según dijimos anteriormente, el término “*sacramento*” (=misterio) adquirió posteriormente un valor técnico, por lo que uno de sus significados en la tradición occidental es el de “*signo eficaz de la gracia*”, y se utiliza para explicar la naturaleza de los sacramentos. ¿Se puede aplicar a la Iglesia también esta acepción?

En realidad, no hay ninguna dificultad en entender a la Iglesia como signo eficaz de salvación. Ciertamente es signo tangible y experimentable de la intervención salvífica de Dios en la historia. Es más, en cuanto unida al Salvador, es verdaderamente signo eficaz, signo que causa, como instrumento unido al mismo Cristo, la salvación de todos los hombres.

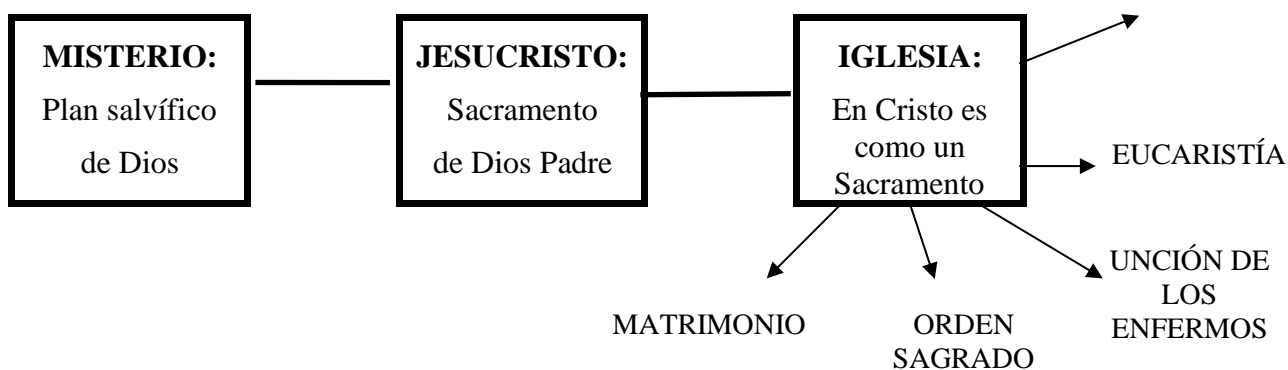
Entre la Iglesia y los signos sacramentales (7 sacramentos) existen semejanzas, pero también diferencias. Aunque ambos significan y comunican la salvación, lo hacen de modo muy diverso. En efecto, la Iglesia participa inmediata y establemente del poder de santificar propio del mismo Cristo, por lo cual no podemos reducirla a los angostos límites de un rito sacramental, que sólo puede comunicar la santidad de Cristo por medio de la Iglesia y solamente lo hace en el momento en que es administrado.

La expresión “*sacramento originario*” utilizada actualmente para hablar de la sacramentalidad de la Iglesia es preciso entenderla en el sentido que acabamos de indicar. Decimos que la Iglesia es “*sacramento originario*” no en el sentido de que los siete sacramentos obtengan de ella su eficacia –pues su eficacia deriva de Cristo–, sino en el sentido de que son administrados en el ámbito de la Iglesia, que es su fundamento y su raíz. En este sentido la Iglesia hace los sacramentos.

Esto lleva a concluir que la Iglesia es “*sacramento originario*” porque en su mismo ser está ordenada a la salvación de los hombres, es Pueblo de Dios y está santificada por el Espíritu Santo, y no simplemente por ser dispensadora de los sacramentos.

Por otra parte, tampoco hay que olvidar la relación inversa: la Iglesia se realiza, a su vez, de los sacramentos y se perpetúa por medio de ellos. La adhesión a Cristo no se realiza únicamente por el vínculo interior de la fe y de la caridad, sino también mediante la recepción de los sacramentos, que, de diversos modos, convierten vitalmente a los creyentes en miembros de la Iglesia. En este sentido los sacramentos hacen a la Iglesia.





TE INVITAMOS A HACER UNA NUEVA PAUSA Y QUE RECES CON ESTA CANCIÓN:

<https://youtu.be/sReaERCCQgI>

“SIGNO DE ESPERANZA”

CAUSA DE ALEGRÍA,
CON SANTA MARIA Y UN JESUS PASCUAL,
LA GENTE SE SIENTE SIENDO SERVIDORA
QUE ES TRANSFORMADORA DE LA SOCIEDAD.

Queremos ser una iglesia servidora del Señor Jesús el Dios hecho hombre, el profeta, el servidor. Una Iglesia de testigos con Mártires donde son protagonistas los pobres y hombre nuevo el pecador.

Queremos ser una iglesia samaritana y cordial, que organiza la esperanza y la solidaridad. Donde el Espíritu Santo, Padre de los pobres, va suscitando los servicios, según la necesidad.

Queremos ser una Iglesia de veras comunidad, fraterna porque la gente comparte fe y realidad. Con sencillez y alegría aprende a participar, como hacían los cristianos con Pedro, Santiago y Juan.

Queremos ser una Iglesia que muestra el amor de Dios. Que sale a encontrar al hombre y lo abraza en su perdón, que consuela y acompaña, que agranda su corazón, a medida de la gente que sufre la situación.

Queremos ser una Iglesia que está siempre en oración que alumbra toda la vida con la Palabra de Dios que celebra como pueblo la nueva alianza de amor en la fiesta de la vida que es la cena del Señor.

Queremos ser una Iglesia en estado de Misión, que se abre y sale y propone al mundo el Reino de Dios. Que transforma desde adentro sociedad y corazón, y planta comunidades donde se da conversión.

LA IGLESIA ES SACRAMENTO UNIVERSAL DE SALVACIÓN

El análisis que hemos hecho del término “*sacramento*” nos ha servido para determinar la naturaleza de la Iglesia. El estudio del calificativo “*de salvación*” nos permitirá ahora precisar, de forma general, su finalidad, es decir, para qué es la Iglesia.

La misma naturaleza de la Iglesia nos indica ya su finalidad. Ser el sacramento de la unión íntima de los hombres con Dios es el primer fin de la Iglesia (Cf. CEC 775). La Iglesia, que es la manifestación de la voluntad salvadora de Dios, es también el instrumento para

proclamar y comunicar esa salvación al mundo. Veamos cómo es esa salvación, algunas de sus características.

- La salvación es “ya pero todavía no”

El Concilio Vaticano II afirma la continuidad fundamental entre los bienes del reino presente y los del reino futuro:

“... los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: "reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz.

El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección.” (Gaudium et Spes 39)

Esta misma concepción aparece en la definición de salvación que nos hace el Concilio: “unión íntima con Dios y unidad de todo el género humano”. En esta fórmula se indica que la salvación se realiza ya aquí, asumiendo la realidad humana para transformarla y elevarla a su plenitud en Cristo.

- La salvación es un don de Dios

La Biblia presenta la salvación como obra de Dios. La conciencia de Israel se basa en esta experiencia. Como pueblo se siente salvado por Dios.

La salvación como iniciativa de Dios cobra especial relieve con la venida de Jesús. Él es el don de Dios al mundo: “*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único*” (Jn 3,16). En esa iniciativa lo que Dios busca es hacer al hombre partícipe de su propia vida, hacerlo hijo en Jesús: “*a los que lo recibieron les dio el poder de ser hijos de Dios*” (Jn 1,12).

Jesucristo es el autor de la salvación, mientras que la Iglesia es el sacramento visible de esta unidad salvífica (CF. LG 9).

- La salvación es una conversión

La aceptación del hombre a la invitación gratuita de Dios reclamará una conversión. El sí del hombre a ese plan le significará un cambio en la orientación de su existencia. Por una parte, renunciar al pecado, al egoísmo y al odio, y, por otra, inspirar el comportamiento en las exigencias que dimanaban de sentirse hijo del Padre y hermano de los hombres.

- La salvación es integral

La salvación abarca la totalidad del ser del hombre. Es individual y colectiva. Salvase es alcanzar la plenitud de la propia existencia. Significa el desarrollo de sus capacidades y la realización de sus derechos: esto lo consigue contribuyendo al desarrollo de su entorno material y social.

El resultado de la salvación es una humanidad más justa, igualitaria, fraterna, amante de la paz y de la libertad que contribuye a la plenitud del hombre.

- La salvación es histórica

Esta salvación se realiza en la historia, es decir, en el espacio y el tiempo. La salvación acontece en la historia real y concreta de los hombres y de los pueblos.

La salvación es también un proceso dinámico, esto implica que ningún momento de la historia coincide con la plenitud de la salvación. Pero cada momento o etapa de ese proceso es auténtica anticipación y anuncio de la salvación definitiva.

- La salvación es escatológica

La plenitud del proceso de la salvación no es solamente resultado del dinamismo de la actividad humana y del acontecer de la historia. La plenitud de la salvación total y definitiva será obra de una intervención gratuita de Dios. Con ella se consumará la historia, consumando su perfección al hacer desaparecer para siempre la presencia del mal entre los hombres.

- El carácter universal de la salvación

Después de haber comprendido qué significa salvación veremos porqué la Iglesia es sacramento universal. En el Decreto *Ad Gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, en el número 1 dice:

La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser "el sacramento universal de la salvación", obedeciendo el mandato de su Fundador (Cf. Mc 16,15), por exigencias íntimas de su misma catolicidad, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres. Porque los Apóstoles mismos, en quienes está fundada la Iglesia, siguiendo las huellas de Cristo, "predicaron la palabra de la verdad y engendraron las Iglesias". Obligación de sus sucesores es dar perpetuidad a esta obra para que "la palabra de Dios sea difundida y glorificada" (2 Tes 3,1), y se anuncie y establezca el reino de Dios en toda la tierra.

Cristo ha asumido a la Iglesia como instrumento de redención universal, por medio de ella Cristo "manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre" (GS 45, 1). Este consiste en que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios y la Iglesia es el proyecto visible del amor de Dios a la humanidad. (Cf. CEC 776).

Aquí radica la catolicidad de la Iglesia y su sentido misionero, ya que en estos tiempos *se siente llamada con más urgencia a salvar y renovar a toda criatura para que todo se instaure en Cristo y todos los hombres constituyan en Él una única familia y un solo Pueblo de Dios.* (AG 1). En este camino reconoce que Dios la ha elegido para llevar la salvación a todos los hombres y los pueblos, pero al mismo tiempo no deja de reconocer las semillas del Verbo esparcidas en cada pueblo y cultura. Al mismo tiempo reconoce a las Iglesias y Comunidades cristianas y la orientación de los hombres a Cristo (cf. LG 14-17).

Trabajo práctico:

En la plataforma vas a encontrar un cuestionario que podrás responder, después de leer y reflexionar sobre esta unidad.

Tendrás dos oportunidades para responder. Hazlo sin apuro, lo importante es aprender.

Lecturas para profundizar esta unidad:

- * Documento de Puebla, leé los Números: 920 - 923.
- * Catecismo de la Iglesia Católica, leé los Números: 738; 770 - 776.
- * Constitución sobre la Sagrada Liturgia de Conc. Vaticano II, leé el Nro. 5.
- * Documento Aparecida 149-153.
- * Francisco, *Evangelii Gaudium* 268-274.

* Mons. Gabriel Mestre, Carta pastoral 2017.

Anexo Unidad 4:

Mons. Gabriel Mestre, Carta Pastoral 2017, 6-18.

I- IGLESIA TRINITARIA

6. Hablar de una *Iglesia Trinitaria* es recordar el fundamento, lo esencial, lo que no puede faltar, lo que da sentido al resto, la roca de la base para el cimiento seguro de la casa (cf. Mt 7,24-27). Dios Uno y Trino es el que se nos manifiesta, revela su interioridad y su misterio (cf. DV 2) y nos llama a participar de su comunión siendo Iglesia. La vida personal y comunitaria del discípulo misionero encuentra su identidad en el Misterio de la Santa Trinidad: “El misterio central de la fe y de la vida cristiana es el misterio de la Santísima Trinidad” (Comp. 44; cf. LG 4).

7. El Dios Uno y Trino nos habla de la unidad y la diversidad. La Trinidad es paradigma de la fecunda vida comunitaria. Tres Personas Divinas diferentes y un solo Dios. En este Dios creemos, este Dios vivenciamos, este Dios anunciamos: el Dios que es comunión de las tres Personas Divinas, el Dios *familia*, el Dios *comunidad*. La fe trinitaria expresada en la vida implica entonces aprender a vivir la unidad en la pluralidad; en donde lo diverso no se percibe como amenaza sino como riqueza y como don. Aquí está uno de los desafíos más grandes de *la Iglesia* en general y de *nuestra Iglesia Diocesana* en particular: comunión en Dios asumiendo y aceptando la riqueza de las diferencias (cf. 1Co 12,1-31; Rom 12,4-5; LG 7.32; EG 40). En Dios Uno y Trino, que nos impulsa a vivir la unidad en la diversidad, reforzaremos siempre nuestra pertenencia cordial a la Iglesia (cf. EG 14; EG 98; LPNE 30-31). Solo así en la vivencia profunda de la comunión podremos ser luz de este mundo tan dividido y amenazado por la intolerancia y la violencia. Nos dice la Palabra: “Para que todos sean uno. Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn 17,21).

8. La Iglesia, como Pueblo de Dios a imagen de la Santa Trinidad, es misterio de comunión misionera. Tanto la Escritura como el Magisterio no dejan nunca de insistir en la identidad de comunión que posee la Iglesia (cf. LG 4.8.13-15.18. 21.24-25). Comunión real que se hace patente en la bella expresión *Iglesia comunidad de amor* que transmiten algunos documentos magisteriales (cf. DCE 19-39; DA 159.161). En nuestro contexto pastoral, recordemos más que nunca las palabras de Juan Pablo II que nos invita a “hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión” (NMI 43). El Papa nos presenta aquí el gran desafío para el inicio del Tercer Milenio: *promover, vivir, aprender* una auténtica espiritualidad de la comunión. El fundamento de esta comunión no será fruto de nuestro esfuerzo humano sino de la presencia del Dios Uno y Trino que actúa en los corazones. La comunión brotará de una vivencia de Iglesia Pascual, abierta a la gracia de Dios y que tiene su fuerza y fundamento en la Santísima Trinidad.

9. El Catecismo de la Iglesia nos enseña que “cada Persona Divina realiza la obra común según su propiedad personal” (CCE 258). La identidad específica de cada Persona Divina nos regala varios aspectos específicos para nuestro crecimiento espiritual. Por eso, nos detenemos brevemente en lo que cada una de ellas aporta según su propiedad para dar gracias y comprometernos con la grandeza y primacía de Dios en nuestras vidas.

a) Dios Padre

10. El Padre Dios es el Todopoderoso y artífice de la creación toda y es el que sostiene esta obra creada con su paternidad. Lo propio del *padre* es engendrar, dar vida, cuidar, sostener y proteger. También el Padre Dios “muestra, en efecto, su omnipotencia paternal por la manera como cuida de nuestras necesidades (cf. Mt 6,32)” (CCE 270). Porque es precisamente en la misericordia para

con los seres humanos donde se manifiesta la omnipotencia divina (cf. EG 37; Sal 68,6-7).

11. Damos gracias por tener un Padre Dios creador que sostiene en el tiempo su protección sobre la obra creadora. Él es el creador de todo y del ser humano como cúspide de su obra, como su creación más perfecta. Es el Padre siempre presente, que ama y acompaña el crecimiento de sus hijos. Damos gracias porque su paternidad se expresa en la providencia que, de forma directa o a través de otras personas, llega constantemente a la puerta de nuestra vida. Damos gracias por la parte de su admirable creación que nos ha regalado para disfrutar en nuestra Diócesis: el mar y sus playas, las sierras y los fértiles campos, y de manera particular, la variedad de su gente, venida de distintos lugares geográficos, culturales y existenciales, que enriquecen nuestra Iglesia.

12. Ante el Padre Dios, queremos comprometernos, como Iglesia de Mar del Plata, al cuidado de toda la creación, siendo celosos custodios de ella, en una ecología integral y profundamente humana que respeta y protege la vida en todas sus formas y manifestaciones (cf. LS 137). De manera particular queremos defender la vida más vulnerada: en los niños no nacidos, en los pobres y marginados, en los enfermos y ancianos, en los jóvenes que no encuentran el sentido a sus vidas, en todos los débiles y sufrientes. Tengamos presente las palabras del Papa Francisco: “Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana” (LS 217).

b) Dios Hijo

13. El Hijo Dios es la Palabra Eterna que se *hace carne*, humanidad, historia y tiempo. Lo hace para rescatarnos y redimirnos, reconciliándonos con el Padre y su proyecto de vida y amor para nosotros. Para que recuperemos la dignidad que el pecado nos hizo perder: “El sacrificio pascual de Cristo rescata, por tanto, a los hombres de modo único, perfecto y definitivo, y les abre a la comunión con Dios” (Comp. 122). El misterio de la Redención implica por lo tanto una mirada, una antropología profundamente *realista* y totalmente *optimista*.

14. Damos gracias al Hijo por hacernos ser hijos en Él. Damos gracias por el amor obediente, total, único e incondicional del Señor que nos obtuvo la salvación eterna y la vida en abundancia (cf. Jn 10,10). Damos gracias porque hoy sigue siendo el Buen Pastor que nos conduce y el Buen Samaritano que nos sana (cf. *Prefacio Común VIII*). Sabemos que *una y mil veces* el Señor nos ofrece gratuitamente su perdón que nos restaura. Por eso, no podemos más que agradecer, compartir con todos y afirmar sin dudar que “Cristo es nuestra paz” (Ef 2,14).

15. Ante el Hijo Eterno del Padre, nos comprometemos, como Iglesia de Mar del Plata, a redescubrirlo como único Salvador del mundo y Señor de la historia. Queremos encontrarnos cada día con la gracia de Jesucristo, el Mesías esperado, como se nos narra tan bellamente en muchos pasajes del NT (cf. Jn 1,35-39; Lc 19,1-10; Lc 24,13-35; Mt 4,19; Mt 9,9; Mc 10,21; EAm 8-10). Deseamos que todos los sacramentos de la Iglesia, especialmente la Eucaristía, como fuente y culmen de la vida cristiana (cf. SC 10), sean encuentro real con la Pascua de Cristo para aliviar y encauzar nuestro corazón y el de tantos hermanos bautizados que aún no encuentran su rumbo y el sentido profundo de su existencia. Queremos también ante el Hijo comprometernos a buscar su rostro escondido en los desolados, los olvidados y los postergados de nuestra sociedad (cf. Mt 25,35-45).

c) Dios Espíritu Santo

16. El Espíritu Santo es el lazo amoroso que une eternamente al Padre y al Hijo. El Espíritu Santo Dios es también como el *alma* de la Iglesia y por eso siempre la anima y dinamiza: “El Espíritu Santo que Cristo, Cabeza, derrama sobre sus miembros, construye, anima y santifica a la Iglesia. Ella es el sacramento de la Comunión de la Santísima Trinidad con los hombres” (CCE 747). El *modelo de Iglesia Trinitaria* queda muy bien definido por la acción del Espíritu Santo en el episodio del primer Nuevo Pentecostés (cf. Hch 2,1-47). Allí, oración y acción, interioridad y efusión, espiritualidad y entusiasmo se amalgaman y equilibran de forma perfecta por la acción fecunda del Espíritu.

17. Damos gracias a Dios Espíritu Santo porque es el principio real de la auténtica renovación de la vida de la Iglesia. Renovación que es mucho más que un *cambio de maquillaje* exterior;

renovación que parte de la conversión interior del corazón a la Palabra de Dios. Agradecemos al Espíritu que sigue distribuyendo dones y carismas en nuestra Iglesia Particular enriqueciéndola de forma orgánica y armónica; dones y talentos que debemos reconocer, y a los que tenemos la obligación de dar lugar para su desarrollo y entrega. Damos gracias porque *hoy y cada día* de nuestra vida vuelve a *renovarse* este *Nuevo Pentecostés* que nos invita a una sostenida *conversión pastoral* (cf. EG 25-33; DA 365-372).

18. Ante Dios Espíritu Santo y por su poder queremos comprometernos a orar como es debido (cf. Rom 8,26-27), a ser *contemplativos en la acción*, a *disfrutar* una verdadera oración integrada en la vida como nos enseña la Santísima Virgen María, Madre de Misericordia. Quisiera que tengamos la gracia de experimentar una Liturgia profundamente vital e inculturada y una religiosidad popular rica, variada y siempre en camino de profundización (cf. DA 262). Así, y sólo así, seremos conducidos por el Espíritu Santo para cumplir el sueño y la vocación de santidad que Dios tiene sobre todos y cada uno de nosotros. Queremos dejarnos renovar por el Espíritu y nunca resistir con nuestras estructuras y esquemas a su presencia de Amor (cf. Mt 12,30-32; Hch 7,51; Rom 5,5).